

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 5, NÚMERO 1, PRIMER SEMESTRE DEL 2022

ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT



Editorial: La mitificación de la política y los adalides del Orden

Editorial: The mythification of politics and the champions of Order

Juan Antonio González de Requena Farré
Editor de *Revista Stultifera*, Universidad Austral de Chile, Chile

Al parecer, no escarmentamos. En algún momento quisimos creer que la salvación personal no pasaba por la fascinación ante el fetiche de turno o por la adoración genuflexa de alguna nimiedad adorada como reliquia. También pasó el tiempo de considerar que no valía la pena matarse por los distintos credos y en nombre de algún dios, pues podríamos convivir tolerantemente como ciudadanos, independientemente de lo que uno considerase sagrado. Incluso llegamos a pensar que se podía *desmitologizar* la religión, de manera que reencontrásemos en ella los significados de la frágil trama de la existencia humana, en lugar de ominosas agencias sobrenaturales y poderes mágicos hipostasiados. Quizá, la expectativa de una plena secularización de nuestras formas de vida fuese tan mítica como las grandes narrativas religiosas que esta pretendía acotar o disolver. Tal vez, el numen religioso no se puede racionalizar sin resto, transformar completamente en agencias mundanas o limitar mediante las instituciones humanas, sin que reaparezca de modo desaforado donde menos se esperaba, para reclamar su soberanía terrible y maldita.

Marcel Gauchet ya argumentó que la moderna salida de la religión, la pérdida de su función social estructurante y el progresivo desencantamiento del mundo tras la revolución democrática moderna no implicaban el total acabamiento de las creencias religiosas ni evitarían que estas cambiasen de lugar y función en un mundo que ya no se subordina a la religión (pese a los empeños fundamentalistas). Sin embargo, tal vez



Juan Antonio González de Requena Farré es Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y se desempeña como profesor del Instituto de Psicología de la Universidad Austral de Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4296-2211>

Contacto: jgonzalez@spm.uach.cl

Cómo citar: González de Requena Farré, J. A. (2022). Editorial: La mitificación de la política y los adalides del Orden. *Revista Stultifera*, 5(1), 7-18.
DOI: 10.4206/rev.stultifera.2022.v5n1-01.

Gauchet subestimó la perseverancia y perduración de las expectativas salvíficas religiosas en la esfera pública:

Cierto es que durante un primer periodo, cuyo término estamos tocando, la relación con el futuro tomó o penetró en las formas de la religiosidad hasta el punto de poder dar la sensación de una fe sustitutiva. Creencias escatológicas, búsqueda de la salvación por la historia, sacrificios a los tiempos mejores, hasta la inmolación en masa: los datos que determinaron a los buenos espíritus a hablar de “religiones seculares” son bien conocidos. (Gauchet, 2005, p. 252)

Al fin y al cabo, el siglo XX no solo fue testigo de la religión política totalitaria, es decir, del culto al Estado, la invocación de la unión mística en la comunidad del pueblo, el encuadramiento ritual de la vida pública, el recurso al pensamiento mítico, la consagración milenarista del *quiliasmo* y la esperanza en una renovación *palingenésica* de la humanidad. Desde que Voegelin (2000) reflexionó sobre el inevitable trasfondo religioso de toda comunidad política y denunció la moderna irrupción de una religión política intramundana (consumada en el totalitarismo nazi), se han reiterado las caracterizaciones del fascismo totalitario como una afirmación cultural del pensamiento mítico y una religión política anti-ideológica,

[...] que se declara antimaterialista, antiindividualista, antiliberal, antidemocrática, antimarxista, tendencialmente populista y anticapitalista, expresada estéticamente, más que teóricamente, a través de un nuevo estilo político y a través de los mitos, los ritos y los símbolos de una religión laica, instituida en función del proceso de aculturación, de socialización y de integración fideísta de las masas cuya finalidad es la creación de un ‘hombre nuevo’. (Gentile, 2019, p. 127)

Cuando el doble mítico del comunismo ateo desapareció del horizonte de la Guerra Fría y del otro lado del muro de hierro ideológico, también hemos presenciado la reinvenición de algunas confesiones religiosas como ideologías integristas movilizadoras de ciertas comunidades, experimentos políticos fundamentalistas que persiguen someter exhaustivamente los asuntos públicos a los designios de la fe —y de su correspondiente clerecía—, o bien recientes emprendimientos evangélicos para promover agendas políticas ultraconservadoras. De nuevo, creyentes de toda ralea vociferan fanáticamente en la esfera pública buscando convertir a quienes consideran infieles, y se consagran a la escenificación misteriosa del culto o a la repetición supersticiosa de la minucia de la letra de las Escrituras; se dejan

la propia vida en ello, se entrometen en la vida ajena, y ruegan extasiados que dios gobierne nuevamente todos los asuntos humanos (así como fundan movimientos sociales y partidos políticos para lograrlo).

En este retorno paradójico de una política salvífica, también concurre una investidura mítica de nuestra experiencia de decidir lo común, regular los conflictos y gestionar la cosa pública. Ya Georges Sorel había reivindicado la eficacia de los mitos políticos —en su caso, los revolucionarios— frente a las teorías utópicas, las racionalizaciones analíticas y los proyectos intelectuales reformistas:

[...] permiten comprender la actividad, los sentimientos y las ideas de las masas populares que se preparan a entablar una lucha decisiva; no son descripciones de cosas, sino expresión de voluntades. (Sorel, 1976, p. 85)

Hoy en día, los mitos políticos están de vuelta y muy vigentes, aunque sea sin un relato o narrativa, y reducidos a simples consignas virales y memes que circulan masivamente en la *aldea global* de las redes sociales, donde reproducen virtual y explosivamente su eficacia simbólico-emocional. Allí movilizan voluntades y adhesiones afectivas a través de las múltiples burbujas tribales, al invocar ritualmente el odio en línea y la lucha crucial contra alguien distinto o contra la conspiración de turno.

Tradicionalmente, uno de los motivos míticos por antonomasia en la representación de la condición humana ha sido la escenificación teogónica del reparto de los poderes divinos y la distribución de los asuntos humanos, como si se tratase de un combate entre el orden y el desorden, a veces matizado moralmente como una pugna entre el bien y el mal: Marduk contra Tiamat, en la mitología babilónica; Zeus contra Tifón, en el mito griego; Yavé contra el Leviatán y el Señor contra la Bestia, en el relato bíblico. De modo análogo, las diferentes mitologías políticas (por no decir la mayoría de nuestras concepciones políticas, que —si le hacemos caso a Carl Schmitt— disfrazarían teologías políticas de fondo) consagran la actividad política como una lucha a muerte entre principios contrapuestos y como una contención escatológica del mal: la civilización contra la barbarie, la verdadera fe contra los infieles, la libertad contra la tiranía, el progreso contra la reacción, el orden contra la anarquía, el capitalismo contra el comunismo, Occidente contra Oriente, e, incluso, la humanidad contra lo inhumano. Genéricamente, —si escuchamos de nuevo a Schmitt— en el ámbito de lo político siempre se enfrentaría cierto nosotros de los amigos y

aliados contra algún enemigo que amenaza fatalmente nuestra existencia pública. Ese sería el código decisivo subyacente a toda política (¿el mito de lo político?): o amigos o enemigos (Schmitt, 2002).

Nuestro querido Chile no es una excepción. En la mitología autóctona mapuche se representaba la ordenación del mundo habitable como un trezado combate entre una díscola serpiente de las aguas y otra sierpe terrestre apaciguadora (Caicai y Tentén):

Sobrevino el fenómeno diluvial por el levantamiento de las aguas del mar que obedecían a las órdenes de *Caicaiivilu*, la culebra que habita en el fondo del mar. Pero a la par, *Tregtreg* [Tentén] hacía subir el cerro flotante sobre las aguas, en cuya cima se habían guarecido unos pocos hombres, mujeres, niños y animales. Los que no alcanzaron a salvarse, sumergidos en el agua, se transformaron en peces y peñas. (Plath, 1983, p. 328)

Del mismo modo, hemos concebido reiteradamente nuestra historia política como una lucha fatal por el ordenamiento soberano del terruño, frente a la anarquía fluida y el desorden incontinente, aunque ese enfrentamiento fuese escenificado sucesivamente como una pugna decisiva entre criollos y godos, pelucones y pipiolos, o bien momios y comunistas “comeguaguas”. En este momento de la realidad chilena, con las grandes expectativas de transformación social e institucional y en un contexto de profundo descrédito de la Iglesia, no solo parece haberse intensificado el regreso posmoderno de lo sagrado y un mesianismo político revitalizado, sino también una acusada simbolización mítica y polarización imaginaria tanto de la vida pública como del trato cotidiano.

Otro de los motivos recurrentes de las narrativas míticas ha sido la figura del héroe fundacional y la heroificación de un protagonista con rasgos sobrehumanos, quien asume una colosal tarea regeneradora y destinada a la trascendencia: Heracles, Eneas, Moisés, Jesucristo... (la lista es interminable). En la perspectiva psicoanalítica de Joseph Campbell, la aventura mitológica del héroe presentaría cierta trama arquetípica con las características de un ciclo ritual de iniciación: el protagonista se separa o parte de la comunidad; enfrenta ciertas pruebas decisivas o misiones cruciales (que pueden traducirse en encuentros sobrenaturales o en su propia consagración); finalmente, regresa al mundo humano y a la comunidad de la cual se alejó, y comparte con sus semejantes los dones y misterios obtenidos para así restaurar, regenerar o redimir al mundo.

Según Campbell, ese es el núcleo esencial y la fórmula universal de todo mito, el *monomito* fundamental:

El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos. (1959, p. 35)

En suma, el héroe mítico pugna con los límites de la condición humana, triunfa sobre sus limitaciones personales y situación sociohistórica, y se transfigura así en formas ideales y visiones inspiradoras para el pensamiento y la cultura humana.

No es de extrañar que también en los modernos mitos políticos el culto del héroe y la biografía heroica hayan resultado fundamentales al consagrar la fuerza moral creadora y transformadora de individuos excepcionales y grandes personajes históricos. Según Cassirer (1985), el mito totalitario del siglo XX le debe mucho a este culto heroico y a la idealización de los jefes fundadores, los caudillos salvadores y los conductores de los pueblos (tal como se formuló en la conocida obra de Thomas Carlyle, por ejemplo, con un talante romántico, antiilustrado y reaccionario). Eso sí, en el mito político totalitario, el culto del héroe se despoja de su espíritu romántico y sus connotaciones morales, para aparecer en combinación con el mito de la raza, con el culto al poder omnímodo del Estado y con penetrantes técnicas de manipulación ideológica del lenguaje:

En las luchas políticas de las décadas pasadas, el culto del héroe y el culto de la raza han estado de tal modo unidos que parecían confundirse enteramente en todos sus intereses y tendencias. Debido a esta alianza los mitos políticos evolucionaron hasta adquirir su forma y vigor actuales. (Cassirer, 1985, p. 264)

El caso es que la mitología política chilena también se ha caracterizado por un insistente culto de los héroes: en las efemérides y en los monumentos, en el imaginario social y en el espacio público, abundan las referencias a heroicos guerreros autóctonos (como Caupolicán o Lautaro), padres heroicos de la patria (como O'Higgins o Manuel Rodríguez), gallardos héroes militares (como Arturo Prat o Baquedano) y, por supuesto, conductores políticos supuestamente heroicos (como el ministro Portales) o algunos presidentes de la venerable tradición republicana (como Bulnes o

Manuel Montt). Cuando la situación se torna crítica y arrecia la corriente del cambio, por estos lares no faltan las invocaciones a presuntos héroes más o menos carismáticos que contengan las transformaciones, restituyan el orden o refunden el *statu quo*.

Sí, cada cierto tiempo se repite el rito de conjurar espectros en nuestra historia política, y recientemente hemos revivido otra conjuración de la ultraderecha patria —o sea, de la derecha chilena urgida— para invocar un Orden espectral y exorcizar públicamente, en su nombre, el fantasmal comunismo de pesadilla. Eso sí, ahora el espectro del comunismo que la “Nueva Derecha” teme se encubre bajo la sabana del neomarxismo y de una supuesta izquierda “deconstruccionista” que eliminaría distinciones, multiplicaría las diferencias e introduciría nuevas divisiones al reclamar derechos emergentes. He aquí la fantasmática conspiración cultural en curso que se conjura, el relato maquinado por el “consenso progresista” de “círculos académicos, medios de prensa tradicionales, grandes empresas tecnológicas, organizaciones internacionales” y el establishment económico y político; este es el temido espectro contra el que habría que luchar política y espiritualmente:

Por vía de exacerbar la discordia en la creación de múltiples movimientos sociales de denominadas «disidencias» y «minorías» de «oprimidos» la nueva izquierda divide a la ciudadanía y propaga el discurso de exigir supuestos derechos de representación exclusivos que, eventualmente, deslegitiman toda representatividad política. Se incluyen en esta articulación ideológica todos aquellos grupos que son utilizados en función de su identidad, por ejemplo, los mal llamados «enfoques de género» o «causas» relativas a pueblos indígenas, entre otros. (Kast, 2021, p. 4)

Supone la “Nueva Derecha” que esta nueva conspiración izquierdista deconstructiva y nihilista responde a un proyecto de control totalitario y una “gigantesca ingeniería ideológica”, que atentaría contra la civilización cristiana, la tradición patria y la naturaleza humana. Para resistir este colapso civilizatorio y político, la “Nueva Derecha” dice optar por dar la “batalla, cultural y programática” por la libertad, el Orden y la familia.

En todo caso, pese al aparente gesto de atrevimiento heterodoxo y políticamente incorrecto, la “Nueva Derecha” solo introduce una variante de la misma retórica del Orden —tan machaconamente repetida por el conservadurismo político tradicional—, que ahora se le encomienda como tarea heroica a un apuesto adalid del supuesto legado institucional de la

Dictadura. La apostura del más reciente candidato de la “Nueva Derecha” no radica tanto en su compostura y elegancia, sino en un perfil modélico para la derecha chilena: varón caucásico de mediana edad, casado por la Iglesia y con muchos hijos, con apellido europeo y descendiente de inmigrante nazi; formado en el gremialismo de la Universidad Católica y vinculado familiarmente con cargos políticos de la Dictadura; además, exintegrante del partido Unión Demócrata Independiente (UDI), el epígono político del pinochetismo, del cual se alejó en su momento quizá por la convicción —muy guzmaniana— de que no hay que negociar los principios —guzmanianos— (a no ser que falten votos, parece ser).

En su particular travesía heroica campbelliana, nuestro campeón del Orden cruzó el umbral de la iniciación: se desvinculó de su afiliación partidaria, de sus socios políticos y de la derecha claudicante. Luego enfrentó las múltiples pruebas del desconocimiento y el menosprecio de su nueva aventura política, hasta que resultó virtualmente consagrado en las redes sociales por los grupúsculos más recalcitrantes de la extrema derecha chilena, recibió el favor divino del evangelismo ultraconservador, fue ungido por los caudillos más notorios de la ultraderecha iberoamericana y, finalmente, obtuvo los tan deseados votos del electorado derechista (*Vox populi, vox dei*). Solamente entonces regresó del destierro para compartir con su vieja familia ideológica y con el Chile profundo reaccionario los dones de la genuina libertad, la seguridad férrea y la sagrada familia. El héroe ultraconservador del Orden no está solo ni aislado ahora: mientras convoca a la lucha entre libertad y comunismo, e invita a atreverse a defender las convicciones de la “Nueva Derecha” sin ambages y sin someterse a la “corrección política”, aparece convenientemente premunido con el escudo del Capitán América y se arroja con todos los votos de la derecha presuntamente conservadora, liberal, socialcristiana, popular y, sobre todo, tráfuga y oportunista.

Paradójicamente, en el mismo momento histórico en que hemos exigido a voces dignidad ciudadana, y cuando estamos discutiendo la consolidación y reconocimiento de derechos fundamentales en una nueva Constitución paritaria, progresiva e inclusiva, hay quienes siguen consagrando míticamente el fantasma de cierto Orden y, bajo su cubierta espectral, todo el espectro de tradiciones del republicanismo autoritario, del conservadurismo confesional, del nacionalismo anticomunista, del gremialismo guzmaniano (el fantasma de Jaime Guzmán se aparece con

frecuencia a la derecha chilena) y de los *muchachitos* formados en el neoliberalismo de Chicago. A este pastiche de la “Nueva Derecha” patria, se añaden las posiciones y redes de la ultraderecha alternativa trasatlántica, así como el vocerío del nuevo evangelismo político trasnacional. El cóctel ideológico resulta conocido: más subsidiariedad (y despolitización de los cuerpos intermedios de la sociedad, como sostendría un buen gremialista) y más guiños a la moral confesional; más apelación a la seguridad nacional y a la mano dura, más cárceles, y más vigilancia y exclusión cultural de la izquierda “radical”; más tradición patria y menos inmigración; más mercado y libre emprendimiento —y más desregulado—, pero con menos impuestos, ministerios y Estado; más protección de la familia —numerosa, ojalá—, menos difusión de la “ideología” de género y más limitación de los derechos reproductivos y del aborto; más inversiones y menos preocupación por las “hipótesis” de los ambientalistas; también concurre el revisionismo histórico, mucha noticia falsa, troleo a mansalva y exaltadas *performances* por la vida y la familia.

Puestos a conjurar héroes espectrales y mitos políticos prestados para restaurar el Orden, nuestra derecha —radical y *ultra*, en última instancia, cuando está apurada— tal vez podría escoger mejor. En vez de servirse del escudo del Capitán América (siempre sospechoso de enarbolar una bandera extranjera), podría haber invocado a algún otro personaje de la galería *Marvel* o de alguna otra factoría de superhéroes de cómic, ese sucedáneo de mitología consagrado por la industria cultural y el globalismo banal. Quizá hubiera sido más sensato y oportuno apelar a los superpoderes del Hombre Araña (trepador como nadie), el Hombre Murciélago (el caballero de la noche), el Hombre Hormiga (capaz de modificar su tamaño), el Hombre de Hierro (solo carcasa rígida), el Hombre de Goma (particularmente flexible), y otros como el Hombre Radioactivo, el Defensor, el Dr. Extraño, los Vengadores o —para ponernos metafísicos— la Cosa. Suponemos que la Mujer Maravilla o Pantera Negra podrían suscitar ciertas reservas de nuestros adalides del Orden. Seguramente, hay personajes de la derecha autóctona con aptitudes para encarnar estos papeles y escenificar nuevos mitos políticos fundacionales, del mismo modo que las revoluciones republicanas se cubrieron simbólicamente con el gorro frigio. En caso de que no calcen esos disfraces, siempre tendremos disponible el repertorio patrio del incomparable *Condorito*, con roles memorables como los de Huevoduro, Pepe Cortisona, Garganta de Lata, Cuasimodo, Comegatos, Tremebunda o el muy reconocible Ungenio. Tal vez

podría objetarse que los personajes de nuestro viñetista nacional Pepo no exhiben superpoderes para restaurar la seguridad y el Orden; sin embargo, cuentan con atributos electorales no despreciables, representan cabalmente al chileno medio y exhiben toda la cercanía necesaria para legitimarse ante la opinión pública y cosechar votos (y sin eso no se ganan las elecciones contra el espectro comunista ni hay gobernabilidad). En fin, si hay que invocar héroes míticos o personajes de cómic para conservar el Orden, que al menos sean de nuestra tradición patria y nuestra raza chilena. Es lo mínimo.

Para seguir resistiendo la mitificación de la cultura pública, *Revista Stultifera* (publicación académica, pero no cortesana ni obsecuente) tiene el orgullo de presentar a sus lectores un nuevo número, que insiste en nuestra habitual apuesta por la diferencia y el disenso, por la contracultura y las voces no hegemónicas, así como por exponer las actuales formas de exclusión y humillación sociopolítica. Abre el número el notable artículo de Mark Hunyadi titulado “La aproximación contextualista de la moral”. Se trata de una propuesta de pensamiento moral situado y centrado en el actor, cuya experiencia se perfila entre la facticidad y la anticipación contrafáctica; más allá del formalismo procedimental y del universalismo abstracto, pero también de las políticas de la identidad que cosifican el contexto comunitario y esencializan la tradición, este contextualismo moral podría extrapolarse razonablemente al ámbito de la práctica ético-política y quizá permitiría redefinir algunas encrucijadas de nuestra modernidad.

En su artículo “Eduquemos a Sofía. La polémica Wollstonecraft-Rousseau y el surgimiento de la filosofía política feminista”, María Ávila Bravo-Villasante examina la pedagogía propuesta por Rousseau en el contexto de la Ilustración y argumenta que en las objeciones de Mary Wollstonecraft hay una apropiación crítica de los argumentos ilustrados y rousseauianos, para abogar por la educación igualitaria de las mujeres. Si bien el universalismo ilustrado y los ideales de la Revolución Francesa contribuyeron decisivamente a erosionar la jerarquía y la legitimación de la subordinación de la mujer, no obstante, habría dificultades evidentes en la propuesta pedagógica rousseauiana, ya que naturalizaría la dependencia femenina y seguiría consagrando la desigualdad en el sistema sexo-género. Frente a esa Ilustración excluyente, que solo apela a la mayoría de edad racional para parte de la población, la posición de Wollstonecraft habría resultado crucial para el surgimiento de una filosofía política feminista.

El artículo de Claudio Riveros y Alejandro Pelfini, titulado “Sobre grietas y rupturas: el populismo visto como un proceso. Un análisis socio-histórico a partir de la teoría populista de Ernesto Laclau”, discute una de las principales objeciones que se le plantean al modelo discursivo del populismo, esto es, que reduce ese fenómeno político a una lógica política genérica, sin contenido definido ni anclaje sociohistórico. En ese sentido, Riveros y Pelfini pretenden enriquecer sociológicamente la teoría de Laclau por medio de un enfoque procesual que distingue diferentes dimensiones socioestructurales: el momento de ruptura populista, el fenómeno de articulación discursiva y movilización populista y, por último, la institucionalización del populismo como régimen. Asimismo, esta propuesta de sociologizar a Laclau pasa por un interesante diálogo con la teoría de los *clivajes* políticos, para así dar cuenta de los posibles anclajes sociopolíticos del proceso populista.

Por su parte, Estela Mateo Regueiro, en su artículo “La estética hacker en torno al 15-M”, explora uno de los fenómenos más emblemáticos de crisis y movilización sociopolítica de la historia española reciente, con el propósito de describir las apropiaciones de un modelo de participación descentralizado y una estética ciudadana basados en la contracultura de los hackers informáticos. La conclusión de Mateo Regueiro es que el intento de implementar una democracia más participativa, aunque se tradujo en la conformación de nuevas fuerzas políticas (como el partido Podemos), no logró hacer efectivas nuevas formas de colaboración en red y de participación democrática tecnopolítica.

Desde una perspectiva teórico-metodológica, el artículo de Carlos González Domínguez y Ana Maruri Montes de Oca, titulado “Estructura discursiva y análisis del discurso: una aproximación foucaultiana”, propone una vía para el análisis del discurso que se centre en el enunciado, en la teoría de la enunciación y en la estructura discursiva, más que en las unidades gramaticales consideradas en el análisis lingüístico. Y es que solo al atender al espesor semántico de la estructura discursiva resulta posible evidenciar las condiciones materiales de producción sociohistórica de la enunciación, las distintas posiciones de sujeto, los estratos discursivos y los horizontes temáticos sobre los cuales se perfila el objeto del enunciado.

Ya en el campo de las ciencias sociales, el artículo de Carolina Serrano, Tania Morales y Héctor Serrano, titulado “El consumo del cuerpo en redes sociales y su vínculo con el ciberacoso en universitarios

mexicanos”, se hace cargo de la compleja problemática de la mediatización imaginaria del cuerpo en las redes sociales. La investigación, de enfoque mixto, tiene como objetivo interpretar la representación social del cuerpo entre el alumnado que ha vivido situaciones de ciberacoso y cómo ello contribuye a la reproducción de esta práctica y a la construcción de un imaginario distorsionado del cuerpo. Los autores concluyen que la preocupación obsesiva por acercarse a cierta imagen idealizada del cuerpo puede resultar crítica para la implicación en el ciberacoso y arriesga incluso la propia salud.

Desde la frontera entre la literatura y la filosofía, Consuelo de la Torre, en su artículo “La política crítica del agonismo estético. Una lección a partir de T. S. Eliot”, propone una relectura del pensamiento crítico eliotiano, para rescatar cierta práctica política del agonismo estético, que dejaría una marca polémica e irónica en su perspectiva crítica, más allá de las habituales imputaciones del conservadurismo del autor. Y es que, como concluye de la Torre: “podría con razón extraerse que la ironía es la única actitud posible frente a una época de crisis, fragmentación, complejidad y anarquía”. He ahí una vía posible para una práctica y política críticas.

Cierran el número tres reseñas: En su reseña del libro del reciente libro de Nikolas Rose, *Nuestro futuro psiquiátrico. Las políticas de salud mental*, Camilo Vargas Pinilla ilustra las implicaciones de la crítica sociopolítica de la psiquiatría en el ámbito de la clínica y en las políticas de salud mental en Latinoamérica. Por su parte, en su reseña del libro de Bonnie Honig, *Public Things: Democracy in Disrepair*, Gabriel Gallego Herrera discute las opciones de una política de los objetos que tome en serio la relevancia de las cosas públicas. Natalia Picaroni Sobrado reseña dos recientes publicaciones del Programa de Reparación y Atención Integral en Salud del Servicio de Salud del Reloncaví: la obra *Retazos de Memoria: De lo Hermida a Puerto Montt* y, en segundo lugar, el libro *Llanquihue Norte, una tierra con memoria: testimonios de sobrevivientes de la dictadura en Chile*. Esta doble reseña presenta una descripción vívida, situada y comprometida de experiencias de trabajo en memoria y reparación en el sur de Chile, el terruño desde donde escribimos, siempre al borde del precipicio, del océano y del olvido. En su texto, se aprecia la urgencia de la labor de la memoria para que los crímenes de Estado contra los derechos humanos no vuelvan a repetirse.

En nuestro quinto aniversario (sí, *Revista Stultifera* cumple cinco años navegando a contracorriente), solo queda agradecer a nuestra comunidad de autores, lectores y evaluadores su compañía, compromiso y confianza. Esperamos que el variopinto panorama intelectual de este número misceláneo nos aporte recursos conceptuales, éticos y estéticos para pensar lo que se viene, imaginar otras opciones y marcar la diferencia.

Referencias

- Campbell, J. (1959). *El héroe de las mil caras*. Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, E. (1985). *El mito del Estado*. Fondo de Cultura Económica.
- Gauchet, M. (2005). *El desencantamiento del mundo*. Trotta/Universidad de Granada.
- Gentile, E. (2019). *Quién es fascista*. Alianza Editorial.
- Kast Rist, J. A. (2021). *Atrévete Chile* [Programa presidencial]. <https://presidenciales2021.servei.cl/wp-content/uploads/2021/11/JOSE-ANTONIO-KAST.pdf>
- Plath, O. (1983). *Geografía del mito y la leyenda chilenos*. Editorial Nascimento.
- Schmitt, C. (2002). *El concepto de lo político*. Alianza editorial.
- Sorel, G. (1976). *Reflexiones sobre la violencia*. Alianza editorial.
- Voegelin, E. (2000). The Political Religions. En M. Henningsen (Ed.), *The Collected Works of Eric Voegelin* (Vol. 5, pp. 19-73). University of Missouri Pres.

REVISTA STULTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 5, NÚMERO 1, PRIMER SEMESTRE DEL 2022

ISSN 0719-983X

Editorial: La mitificación de la política y los adalides del Orden

Juan Antonio González de Requena Farré

La aproximación contextualista de la moral

Mark Hunyadi

Eduquemos a Sofía. La polémica Wollstonecraft-Rousseau y el surgimiento de la filosofía política feminista

Maria Ávila Bravo-Villasante

Sobre grietas y rupturas: el populismo visto como un proceso. Un análisis socio-histórico a partir de la teoría populista de Ernesto Laclau

Claudio Riveros y Alejandro Pelfini

La estética *hacker* en torno al 15-M

Estela Mateo Regueiro

Estructura discursiva y análisis del discurso: una aproximación foucaultiana

Carlos González-Domínguez y Ana Maruri Montes de Oca

El consumo del cuerpo en redes sociales y su vínculo con el ciberacoso en universitarios mexicanos

Carolina Serrano Barquín, Tania Morales Reynoso y Héctor Serrano Barquín

La política crítica del agonismo estético. Una lección a partir de T. S. Eliot

Consuelo de la Torre del Pozo

Reseña de Rose, N. (2020). *Nuestro futuro psiquiátrico. Las políticas de salud mental*

Camilo Vargas Pinilla

Reseña de Honig, B. (2017). *Public Things: Democracy in Disrepair*

Gabriel Ignacio Gallego Herrera

Memoria y reparación en Llanquihue. Dos reseñas

Natalia Picaroni Sobrado